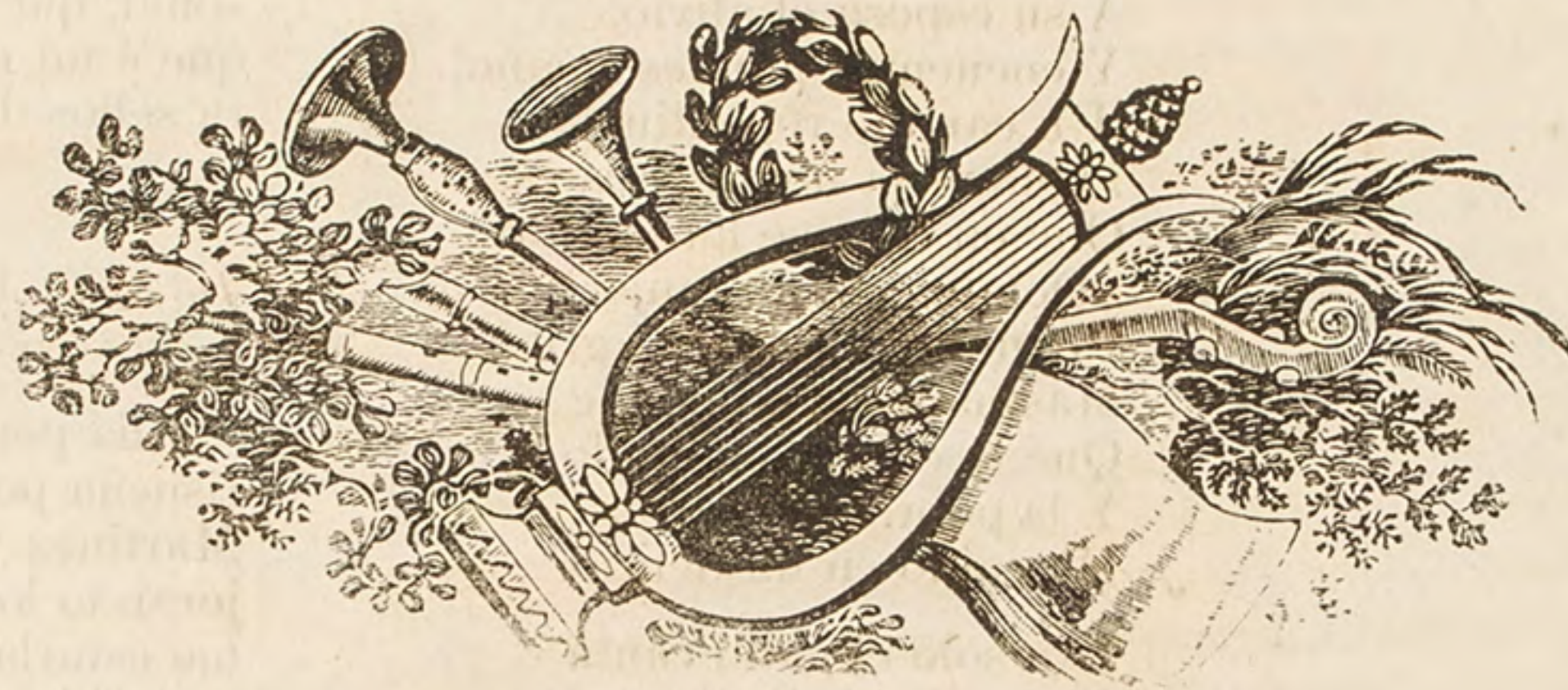


LA ALBORADA
 SEMANARIO
 DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima Sábado 28 de Noviembre de 1874.

Núm. 7.

SUMARIO.

LA DIRECCION. — BELLO IDEAL, por Acisclo Villarán. — LAS ANTIPARRAS MÁGICAS, poesía, por la señora Manuela V. de Plasencia. — LA TRENZA DE SUS CABELLOS, tradicion, por Ricardo Palma. — AL INSPIRADO POETA SEÑOR ACISCLO VILLARÁN, poesía, por la Sta. Adriana Buendía. — EN LA ÚLTIMA REPRESENTACION DE MARIA ANTONIETA, por D. de Vivepo. — A LA CÉLEBRE ACTRIZ TRÁGICA ADELAIDA RISTORI, poesía, por M. A. García. — UNA JÓVEN ESPAÑOLA, poesía, por M. Riofrio. — EL GAUCHO, por Bernabé Demaria. — MIS GUSTOS, poesía, por M. A. Fuentes. — LA FAMILIA, traduccion. — LA CENA DE LAS ROSAS, poesía, por Constantino Carrasco. — AGUA MANSA, traduccion, por F. G. Cazeneuve. — MOSAICO, por la señora Juana Manuela Gorriti.

LA DIRECCION.

En gracia á que Diciembre es el mes de los regalos, hemos resuelto anticipar la loteria que debemos obsequiar á nuestros suscritores al fin de cada trimestre, efectuándola el ocho del entrante, en el local de la Direccion.

BELLO IDEAL.

A MI INVOLVIDABLE AMIGO FRANCISCO JORQUERA.

I.

No hallaba en el mundo el bello ideal que concebí.

Inútilmente busqué la inspiracion en las flores que engalanan la tierra y en las estrellas que pueblan el cielo.

Ni las estrellas ni las flores dieron á mi alma los melodiosos cantares que deseaba levantar.

La armonia del universo me entusiasmaba.

Ante la grandiosa magnificencia de la naturaleza, me prosterné, lleno de admiracion, para encontrar entre sus obras, la obra mas perfecta.

A su presencia, mi pecho habria sido el templo de su perenne culto, y mi corazon el altar de esa maravilla, de ese ídolo portentoso que busqué, en vano, por los desiertos de la vida.

Mi pensamiento le habria pertenecido en todos los instantes que, sucediéndose sin interrupcion, forman lo que nombramos *tiempo* y salvándolo, habria sido suyo tambien en todos los momentos mas prolongados aun, que, continuando interminables, constituyen *tiempo sin límites*. . . Eternidad.

En el tiempo y en la eternidad, mi pensamiento habria sido del bello ideal que concebí, de la obra perfectísima que adiviné.

II.

La mujer, en concepto de los filósofos, es la reina de la creacion y el complemento de ella: la mujer es, en el sentir de los poetas, el ángel peregrino que oculta sus alas de célica luz bajo el ropaje terrenal.

Nuncio de paz y venturanza solo ella habria arrancado á mi cítara écos de ternura inimitable, acentos infinitos de armonia.

Aunque mi labio enmudezca, mi alma dice á una mujer:—toda mi poesía se halla en tí.—Contigo está mi inspiracion.—Por tí mis acentos inarmónicos se trasforman en cántico celestial.

Y así se expresa, en silencio mi espíritu porque mi bello ideal se realizó.

Ternura, amor, gratitud, abnegacion, aun heroismo, he encontrado en casi todas las mujeres y en una, entendimiento ilimitado, inteligencia privilegiada.

Conozco á una mujer que no está bajo el dominio de la frivolidad.

Me he identificado con sus ideas, he repetido las palabras con que las expresa y al pronunciarlas, he sentido la mas íntima consolacion, se ha robustecido mi fé y ha crecido mi esperanza.

No olvido sus frases religiosas, porque me enseñan á conocer á Dios, tan grande como la razon lo alcanza.

No aparto mis ojos de sus escritos morales, porque traen á mi imaginacion el amor purísimo, el amor nacido del íntimo sentimiento.

III.

Tú, amigo querido, que sientes palpar el corazon á impulsos de esa fé que traslada los montes y de esa esperanza que posee el porvenir; tú que te angustias con la congoja ajena y te alegras con la dicha de otros, porque buscas en todo y en todas partes la poesía de que está henchida tu alma, viajero infortunado, escucha al mas humilde de los hijos de la inspiracion, que entusiasmado te dice:

Existe una mujer de inteligencia sin límites.

Mi bello ideal se realizó.

ACISCLO VILLARÁN.

LAS ANTIPARRAS MAGICAS.

CUENTO.

Eráse cierta bruja
Color de pergamino,
Como un maní de arrugas
Pues los setenta y pico,
Aunque hartó le pesaba,
Los tenía cumplidos.
En su desierta boca
Solo había un colmillo,
Y todo lo demás
Lo llevaba postizo.
No tenía casquete
Pero el pelo teñido,
Por partes era verde
Carmelo ó amarillo;
Porque ni el *lápiz mágico*,
Ni el *polvo gliserino*,
Ni la *pomada de uvas*,
Ni el *tinte progresivo*,
Vuelven lo viejo nuevo
Que el tiempo es destructivo,
Y querer contrariarlo
Es sujetar un río.

Vuelvo pues á mi cuento:
Un mozo barbi-lindo,
Con la vieja dichosa
Se casó por cariño,
¿Y que milagro es ese?
Me dirás lector mio,
Cuando solo el dinero
Suple á los atractivos?
No era pues, un milagro
Por que era maleficio,
Que la vieja hizo á un gallo
Que tenía escondido,
Con grandes anti-parras
De cristal azulino.
Jamás durmió sin ellas
El pobre animalito,
Ni logró ver del maíz
Los granos amarillos,
Que en eso consistía
Engañar al marido,
Y que pudiera verla
Un rostro peregrino,
Propio de los veinte años
O de los veinticinco.
Enfermó la Señora,
Así es que fue preciso,
Quedára un día en cama
Conciliando el abrigo:
Ese día el esposo
Para ir á su destino,
La llenó de requiebros
De halagos y de mimos,
Y para volver pronto
Salió muy afligido.
Desde ese instante, el diablo
Principió á hacer su oficio;
Porque fué la criada
Llevando al gallo, trigo,
Maíz, arroz, y afrecho,
Pues que estando engreído,
Lo hartaba la Señora
De alimentos distintos.
Pero ésta que jamás
Al gallo había visto,
Y que con mil encargos,
Lágrimas, y suspiros,
Promesas, y amenazas,
La llave hubo obtenido
De aquel raro aposento
Do se hallaba el cautivo,
Con sus grandes anteojos,

Al verlo lanza un grito
Y aunque de no quitárselos
Hasta juramento hizo,
No puede contenerse,
La tienta el enemigo,
Le desata las gafas,
El dá doscientos bríncos,
Cacarea, alborota,
Se vuelve un basilisco,
La enviste y la lastima,
Con las patas y el pico,
Ella corre de miedo
Y queda hecho el perjuicio.

Vuelve el incauto jóven
Afanoso y solícito,
A dar con su presencia
A su esposa el alivio,
Y encuentra ¡un desengaño!
¡Un cambio repentino!
¿Que vieja horriblé es esta
Que en casa se ha metido?
¿Donde está mi mujer?
Pregunta el pobre, á gritos,
Mas nadie le responde
Que la criada ha huído,
Y la pobre señora
Ha caído en un delirio.

Tan solo el gallo canta
En su libre albedrío.
Pero ¡ay! esos anteojos
Que fueron su martirio,
Daban á su amante ama
Felicidad y hechizo
¡Y todo en un instante
Ha desaparecido!

Aplicaré ahora el cuento,
Porque es mi tema antiguo
El dar siempre á las cosas
Distinto colorido.
Me figuro que tienen
En este mundo pícaro,
Con pocas escepciones,
Los hombres de este siglo,
Encerrado su gallo
O al menos su pollito,
Ya con anteojos grandes,
Ya con anteojos chicos,
Segun requiere el caso
O lo pide el bolsillo,
Que como la cometa
Va necesitando hilo
Y mientras mas le aflojan
Subir mas le es preciso;
Pero que el tiempo llega,
Ese tiempo maligno,
En que rompen anteojos
Los que están aburridos,
Y se descubre todo
Cuanto estubo en sigilo:
Pues la ambicion remeda
Mi *vieja del hechizo*,
La mala fé y engaño
Los *gallos escondidos*.
Y mi pais desdichado
Al incauto *marido*.

MANUELA V. DE PLASENCIA.

LA TRENZA DE SUS CABELLOS.

(TRADICION.)

No faltará quien, leyendo este título, crea que voy á escribir algo eminentemente romántico como el drama de Rubi y que di-

ga:—Me alegro! Aquí vás á hacer *fiasco*; pues el naipe no te dá por lo sentimental.—¡Buen petardo se lleva el que tal piense! No se lo llevan menor mis amigos de la prensa nacional y del extranjero que, imaginándose que en cada pelo del bigote escondo una tradicion, me abruman con cartas, si bien lisonjeras para mi amor propio, comprometedoras y exigentes. Señores míos: aprovecho esta oportunidad para decirles, una vez por todas, que yo no zurzo fábulas sino relato sucedidos, que la fuente se agota, y que mi péñola de cronista y rebuscador de antiguallas va á entrar por algunos meses en cuarteles de invierno.

Mil perdones, lector, por este *introibo* personal, que á tí te importa un rábano; pero que á mí me evita escribir cartas y me ahorra sellos de franqueo.

I.

De cómo Mariquita Martínez no quiso que la llamasen Mariquita la pelona.

Allá por los años de 1734, paseaba muy risueña por estas calles de Lima Mariquita Martínez, muchacha como una perla, mejorando lo presente, lectoras mías. Parece-me estarla viendo, no porque yo la hubiese conocido ¡qué diablos! (pues cuando ella comía pan de trigo este servidor de ustedes no pasaba de la categoria de proyecto en la mente del Padre Eterno) sino por la pintura que de sus prendas y garabato hizo un coplero de aquel siglo, que por la pinta debió ser enamorado y andar bebiendo los vientos tras de ese pucherito de mistura.

En las noches de luna era cuando había que ver á Mariquita paseando, Puente arriba y Puente abajo, con albísimo traje de zaraza, pañuelo de tul blanco, zapatito de cuatro puntos y medio, dengue de resucitar difuntos y la cabeza cubierta de jazmines. Los rayos de la luna prestaban á la belleza de la jóven un no sé qué de fantástico y los hombres, que nos pirramos siempre por esas fantasías de carne y hueso, la echaban una andanada de requiebros, á los que ella, por no quedarse con nada ajeno, contestaba con aquel oportuno donaire que hizo proverbial la gracia y agudeza de la limeña.

En la época colonial casi no se podía transitar por el Puente en las noches de luna. Era ese punto de cita para todos. Ambas aceras estaban ocupadas por los jóvenes elegantes que, á la vez que con el aircillo del río hallaban refrigerio al calor canicular, deleitaban los ojos clavándolos en las limeñas que salían á aspirar la fresca brisa, embalsamando la atmósfera con el suave perfume de los jazmines que poblaban sus cabellos.

La moda no era lucir constantemente aderezos de rica pedrería sino flores, y la tal moda no podía ser mas barata para padres y maridos, que con medio real de plata salían de compromisos y aun sacaban alma del purgatorio. Todas las tardes de verano cruzaban por las calles de Lima varios muchachos y al pregon de *¡el jazminero!* salían las jóvenes á la ventana de reja y compraban un par de hojas de plátano sobre las que había una porcion de jazmines, diame-las, aromas, suches, azahares, flores de chirimoya y otras no menos perfumadas. La limeña de entónces buscaba sus adornos en la naturaleza y no en el arte.

La antigua limeña no usaba elixires odontálgicos ni polvos para los dientes, y sin embargo era notable la regularidad y limpieza de estos. Ignorábase aun que en la caverna de una muela se puede esconder una California de oro, y que con el marfil se fabricarian mandíbulas que nada tendrían que envidiar á las que Dios nos regalara. ¿Saben ustedes á quien debia la limeña la blancura de sus dientes? Al raicero. Como el jazminero, era éste otro industrioso ambulante que vendia ciertas raíces blandas y jugosas, que las jóvenes se entretenían en morder restregándolas sobre los dientes.

Parece broma; pero la industria decae. Ya no hay jazmineros ni raiceros y es lástima, que á haberlos les caería encima una contribucion municipal que los partiera por el eje, en estos tiempos en que hasta los perros pagan cuota por ejercer el derecho de ladrar. Y, convenia de ustedes, tambien se han eclipsado el *puchero* ó vendedor de puntas de cigarro, el *anticuckero* y otros industriosos.

Digresiones á un lado y volvamos á Mariquita.

La limeña de marras no conoció peluquero ni *castañas*, sino uno que otro rizito volado en los dias de repicar gordo, ni fierros calientes ni papillotas; ni usó jamás aceites, bálsamos, glicerina ni pomadas para el pelo. El agua de Dios y san se acabó, y las cabelleras eran de lo bueno lo mejor. Pero hoy dicen las niñas que el agua pudre la raíz del pelo, y no estoy de humor para armar pleito con ellas sosteniendo la contraria. Tambien los borrachos dicen que prefieren el licor porque el agua cria ranas y sabandijas.

Mariquita tenia su diablo en su mata de cabellos. Su orgullo era lucir dos lujosas trenzas que, como dijo el poeta pintando la hermosura de Eva:

la median en pié la talla entera.

Una de esas noches de luna, iba Mariquita por el Puente lanzando una mirada á este, esgrimiendo una sonrisa á aquel y endilgando una pulla al de mas allá, cuando de improviso un hombre la tomó por la cintura, sacó una afilada navaja y ¡zís! ¡zís! en menos de un periquete la rebanó una trenza.

Gritos y confusion. A Mariquita le acometió la pataleta, la gente echó á correr, hubo cierra-puertas y á palacio llegó la noticia de que unos corsarios se habian venido, á la chita-callando, por la boca del rio y tomado la ciudad por sorpresa.

En conclusion, la chica quedó *mocha* y, para no dar campo á que la llamasen *Mariquita la pelona*, se llamó á buen vivir, entró en un beaterio y no se volvió á hablar de ella.

En cuanto al galan, que sus motivos tendria para haber hecho tal estrupicio en desquite de alguna perreria, á todo correr llegó á la porteria de San Francisco y tomó asilo en el convento.

II.

De cómo la trenza de sus cabellos fué causa de que el Perú turiese una gloria artística.

El sujeto que, por berrinche, habia tras-

quilado á Mariquita era un jóven de veintiseis años, hijo de un español y de una india. Llamábase Baltazar Gavilan. Su padre le habia dejado algunos cuartejos; pero el muchacho, encalabrado con la susodicha hembra, se dió á gastar hasta que vió el fondo de la bolsa, que ciertamente no podia ser perdurable como las cinco monedas de Juan-Espera-en-Dios, alias, el Judío Errante.

Era padrino de Baltazar el guardian de San Francisco, fraile de muchas campanillas y circunstancias, quien, aunque profesaba al ahijado gran cariño, le echó un sermón de tres horas al informarse del motivo que traía en cuitas al mancebo. El alcalde del crimen reclamó en los primeros dias la persona del delincuente; pero fuese que Mariquita meditara que aunque ahorcúran á su enemigo no por eso habia de recóbrar la perdida trenza ó, lo mas probable, que el influjo de su reverencia alcanzase á forcer las narices á la justicia, lo cierto es que la autoridad no hizo hincapié en el artículo de extradicion.

Baltazar, para distraerse en su forzada vida monástica, empezó por labrar un trozo de madera y hacer de él los bustos de la Virgen, el niño Jesus, los tres reyes magos y, en fin, todos los accesorios del misterio de Betlen. Aunque las figuras eran de pequeñas dimensiones, el conjunto quedó lucidísimo y los visitantes del guardian propalaban que aquello era una maravilla artística. Alentado con los elogios, Gavilan se consagró á hacer imágenes de tamaño natural, no solo en madera sino en piedra de Huamanga, algunas de las cuales existen en diversas iglesias de Lima.

La obra mas aplaudida de nuestro artista fué una *Dolorosa*, que no sabemos si se conserva aun en San Francisco. El virey marqués de Villagarcía, noticioso del mérito del escultor, quiso personalmente convenirse y una mañana se presentó en la celda convertida en taller. Su excelencia, declarando que los palaciegos se habian quedado cortos en el elogio, departió familiarmente con el artista y éste, animado por la amabilidad del virey le dijo que ya le aburría la clausura, que harto purgada estaba su falta con tres años de vida conventual y que anhelaba ancho campo y libertad. El marqués se rascó la punta de la oreja y le contestó que la sociedad necesitaba un desagravio y que, pues en el Puente habia dado el escándalo, era preciso que en el Puente se ostentase una obra cuyo mérito hiciese olvidar la falta del hombre para admirar el genio del artista. Y con esto, su excelencia giró sobre los talones y tomó el camino de la puerta.

Cinco meses despues, en 1738, celebrábase en Lima, con solemne pompa y espléndidos festejos la colocacion, sobre el arco del Puente, de la estatua ecuestre de Felipe V.

En la descripcion que de estas fiestas hemos leído son grandes los encomios que se tributan al artista. Desgraciadamente, para su gloria, no le sobrevivió su obra; pues en el famoso terremoto de 1746, al derrumbarse una parte del arco, vino al suelo la estatua.

Y aquí queremos consignar una coinci-

dencia curiosa. Casi á la vez que caia de su pedestal el busto del monarca, recibíase en Lima la noticia de la muerte de Felipe V, á consecuencia de una apoplejia fulminante que es, como quien dice, un terremoto en el organismo.

III.

De cómo una escultura dió la muerte al escultor.

Los padres agustinos sacaban, hasta poco despues de 1824, la célebre procesion de Jueves Santo, que concluía, pasada la media noche, con no poco barullo, halaraca de viejas y escapatoria de muchachas. Mas de veinte eran las andas que constituían la procesion, y en la primera de ellas iba una perfecta imagen de la Muerte, con su guadaña y demas menesteres, obra soberbia del artista Baltazar Gavilan.

El dia en que Gavilan dió la última mano al esqueleto fueron á su taller los religiosos y muchos personajes del país, mereciendo entusiasta y unánime aprobacion el buen desempeño del trabajo. El artista alcanzaba un nuevo triunfo.

Baltazar desde los tiempos en que vivió asilado en San Francisco, se habia entregado con pasion al culto de Baco; y es fama que labró sus mejores efigies en completo estado de embriaguez.

Hace poco leí un magnífico artículo, sobre Edgardo Poe y Alfredo de Musset, titulado—*El alcoholismo en literatura*.—Baltazar puede dar tema para otro escrito que titularíamos—*el alcoholismo en las bellas artes*.

El alcohol retemplaba el espíritu y el cuerpo de nuestro artista, era su ninfa Egeria, por decirlo así.—Idea y fuerza, sentimiento y verdad, todo lo hallaba Baltazar en el fondo de una copa.

Para celebrar el buen término de la obra que le encomendaron los agustinos, fuese Baltazar con sus amigos á la casa de bochas y se tomó una turca soberana. Agarrándose de las paredes pudo á las diez de la noche volver á su taller, cogió pedernal, eslabon y pajuela y, encendiendo una vela de sebo, se arrojó vestido sobre la cama.

A media noche despertó. La mortecina luz despedía un extraño reflejo sobre el esqueleto colocado á los piés del lecho. La guadaña de la Parca parecia levantada sobre Baltazar.

Espantado y bajo la influencia embrutecedora del alcohol, desconoció la obra de sus manos. Dió horribles gritos y acudiendo los vecinos comprendieron por la incoherencia de sus palabras la alucinacion de que era víctima.

El gran escultor peruano murió loco el mismo dia en que terminó el esqueleto, de cuyo mérito artístico hablan aun, con gran aprecio, las personas que en los primeros años de la independencia asistieron á la procesion del Jueves Santo.

RICARDO PALMA.

Lima, Noviembre 25 de 1874.

AL INSPIRADO POETA.

SEÑOR ACISCLO VILLARAN.

Por mas que tu galante poesia
Pródiga sea en obsequiarme flores,
Y en alabar mi pobre fantasia;
Con aureolas de vívidos colores
No soñará jamas la mente mia.

Humilde soy, y bajaré la frente
Cuando la luz del cielo la ilumine,
Y por mas que mi espíritu se aliente,
Hará al instante que la faz incline,
Al tocar la pobreza de mi mente.

Mas lograré una espléndida victoria
Y de las musas viviré en el templo,
Si tú que ya honras la peruana historia
Me das tu inspiracion, me das ejemplo
Y conduces mis pasos á la gloria.

ADRIANA BUENDIA.

EN LA ULTIMA REPRESENTACION DE

MARIA ANTONIETA.

EL arte como el Genio de la Judea, resucita; y nos hace presenciar absortos los personajes de otras épocas: nos alegra con sus placeres y nos entristece con sus dolores.

Fascinados y conmovidos hemos presenciado los acontecimientos de la revolucion francesa, que vivirán eternamente en la memoria de los hombres como los Andes de granito sobre el suelo americano. Hemos visto y oído ese pueblo en furor estrellarse contra las rocas del feudalismo, y romperlas; hemos visto á sus jefes, ayer pobres proletarios, ceñirse con la banda tricolor y asombrar á las monarquías consternadas con su gloriosa transformacion, hemos visto á los fanáticos de la idea nueva, manchar sus manos con el crimen; creyendo en su demencia que en el altar de la libertad debia cooear la mano del verdugo, la inocencia por víctima; hemos visto al antiguo régimen tambaleando en la figura de un rey, débil porque era impotente, y confesando los errores de su secta á los bordes de la tumba; hemos visto á una mujer con los atractivos encantadores de la belleza, á la hija de Maria Teresa, con todo el orgullo de su raza y con toda la vanidad de su sexo, por un capricho de la instable fortuna, caer desde el cielo de la dicha y la grandeza en el infierno de los dolores mas amargos. Y en este cuadro de nobleza y de miseria, sobre estos personajes, ángeles unos y demonios otros, hemos contemplado los divinos esfuerzos del espíritu humano, que al romper las cadenas que lo ataban al tronco de las preocupaciones de tantos siglos, hizo estremecer al mundo, devolviéndole la esperanza y la alegría con los inspirados acentos del cántico de la libertad, hosanna del esclavo al vislumbrar el astro de la segunda redencion, con los versos inmortales de Rouget, de L'Isle.

Y hemos presenciado todo esto á la luz del genio, fortalecido por el arte, de la artista inimitable que recorre el mundo en pos de mas laureles con los que pueda adornar su frente excelsa: de la inmortal Ristori, rejuvenecida por la inspiracion y el entu-

siasmo, cuando tiene á sus plantas á un pueblo que vierte lágrimas cuando ella llora, y que se sonríe cuando finje sentir las dulces y alegres emociones del corazón.

Intérprete del arte, es tambien apóstol de las grandes ideas, y moraliza al pueblo con las severas enseñanzas de la historia.

La señora Ristori no nos ha traído del continente europeo los refinamientos de la voluptuosidad que hace poco transformaron á nuestro teatro en la morada del vicio; en el pagano templo de la diosa Citeres; sino en el foro romano en los tiempos de la prosperidad de la reina del mundo: cuando las virtudes cívicas no habian desaparecido con el hálito corrupto de los emperadores. Sublime sacerdotiza del arte; ella levanta nuestros corazones y siembra en ellos la semilla del bien, y los hace latir con el entusiasmo de los héroes. Vuelve la sensibilidad á los corazones empedernidos por los vicios: todos quieren en circunstancias análogas, imitar á Malesherbes, y todos se indignan ante la crueldad de Simon.

Ante los sufrimientos del Delfin, esa bella criatura, pura como la libertad naciente, ¿qué tierno corazón no se conmueve? ¿Cuáles son los ojos, que guardan aun el brillo de la inocencia, que no se llenen de lágrimas? ¿Cuál es el niño que por un movimiento instintivo no se prenda del cuello de su madre y no recuerde toda su vida aquella escena desgarradora, por la que verdaderamente comprende el amor de madre; cuando Maria Antonieta con el paroxismo del dolor ve que Simon arranca de sus brazos al hijo de sus entrañas?

Y ante la heroica serenidad de la reina, ante su altivez que no se humilla á la vista de la guillotina ensangrentada ¿cuál es el demócrata austero que no se conmueve al imaginarse aquella cabeza de ángel, encanecida por el sufrimiento, y mas bella aun porque así como las gotas de rocío realzan la belleza de las flores, las canas imprimieron en ella la mas conmovedora y sublime de todas las hermosuras: la del dolor! ¿Cuál es el que no se affije, decimos, al verla caer con la palidez de la muerte en la canasta, tumba provisional de tantos cerebros exaltados con el fuego de las nobles ideas?

Triste es, tambien, la suerte de ese pimpollo que se abria al aura de la vida, la Princesa de Lamballe, y el espectador enamorado con sus encantos, no puede menos que compartir sus sufrimientos. Pero ella no puede inspirar la profunda tristeza que infunde la viuda infortunada de Luis XVI. Maria Antonieta es hermosa, es inocente y sobre todo, es madre! Y la agonía de una madre es la síntesis de todos los dolores. Esa reina, lirio gentil sacudido y marchito por el huracan revolucionario, sufría doblemente, se hallaba al borde de su propia tumba y veía las que la mano del verdugo iba á abrir á sus hijos.

Más sufriría, tal vez, al imaginarse los suplicios del Delfin, entregado á un bandido que, al mismo tiempo que mataría su cuerpo, iba á empañar el cristal purísimo de su alma, que con su propio martirio. ¡Ah! solo una madre puede interpretar su dolor, y apreciar el genio de la señora Ristori.

Nosotros, conmovidos por tan tremendos acontecimientos, y maravillados ante el arte

de esa mujer sublime, pedimos al cielo que calme el furor de los vientos y la ira de los mares, para que despues de un viaje feliz, vuelva á ver la tierra donde se mecía su cuna y en la que colocó los cimientos del templo de su fama.

DOMINGO DE VIVERO.

Lima, 1874.

A LA CÉLEBRE ACTRIZ TRAGICA.

ADELAIDA RISTORI.

Exaltadora ilustre de la gloria
Que el Arte logra en la teatral escena;
Pincel con alma; espejo que la pena
Con rara imitas perfeccion notoria;

Tú, de tu patria honor y vanagloria;
Tú, para cuyo nombre, que resuena
En trompas cien, con regocijo estrena
Un duradero alcázar la Memoria;

No envidies, no, la inspiracion del vate,
No su armónica voz ni su decoro;
Tambien aquella en tus miradas late;

Tambien tu declamar es un tesoro,
Y tambien de tu frente por remate
Un laurel muestras tú de flores de oro.

MANUEL ADOLFO GARCIA.

A UNA JOVEN ESPAÑOLA.

Vuelvan las antiguas lunas
Que oyeron trovas sentidas,
De lo profundo salidas
De algun pecho plañidor.
Que entónces la voz del alma
Mas exelsa por mas pura,
Con noble dicha ó tristura
Exhalaba el trovador:

Si evocáramos menbranzas
Donde el Cid como astro brilla,
Doblando la mi rodilla
Yo dijera á tu beldad:
Noble dama, ya la noche
Sus hondos misterios deja
Y viene á oír en tu reja
Cancion de amor y lealtad.

En tu antigua noble España
Valiera tu donosura
Cien arranques de aventura,
Cien y cien triunfos de honor
Y hubiera en los mis cantares,
Noble suspiro profundo,
Májico acento fecundo,
De la verdad y el amor.

Antes que el brillo del oro
Cegara á nuestros abuelos
Hubo fúlgidos consuelos
De amor, esperanza y fé,
Daba á pechos varoniles
Su elevacion la belleza;
La mujer la fortaleza
De todos los héroes fué!

Cantó su fé el caballero
Y el trovador sus amores
¡De que fuentes los cantares,
Sacaban la inspiracion!
Hoy bebemos nuestras dudas
Con las heces del hastio

Y el pecho cansado y frío
Da de hielo su canción.

Cuando eran mujer y gloria
El mas preciado tesoro,
Todo canto era sonoro
Y exelsa toda beldad.

Hoy que el aéreo ruido aturde
Y aéreo peso al mundo abruma,
Canten la *la resta y la suma*,
Los trovadores, callad.

MIGUEL RIOFRIO.

COLABORACION ARGENTINA.

EL GAUCHO.

(Conclusion)

EL humilde hogar del gaucho está oculto por el gigantesco *ombú* que con su sombra lo resguarda de los ardientes rayos del estío: en sus ramas ata el caballo ensillado y cuelga la carne de la res.

A las *hierras* que son una fiesta en cada estancia, concurrían anteriormente todos los *gauchos* vecinos del *pago* ó del partido, pero solo van ahora los peones del establecimiento, pues son muy pocos los vecinos que asisten á ayudarse unos á otros, tanto por la escasez de peones (pues solo dejan en las estancias los muy necesarios, llevándose los al servicio,) cuanto porque, estando plagada toda la campaña de extranjeros, exclusivamente se ocupan éstos de lo que les es propio no pensando mas que en el aumento de sus bienes; no así el *gaucho* que servicial, sin ambicion y desprendido hasta la prodigalidad le basta su *tropilla* para andar de un lado á otro y su *recado* y *poncho* para dormir tranquilo y feliz en cualquier rancho hospitalario de alguno de sus paisanos, practicando en su ignorancia esa estoica filosofía del sabio desprendimiento de los bienes mundanos.

Así se brindan el sabroso *mate*, símbolo para ellos de la copa hospitalaria, y ejercen sin ostentacion é instintivamente el sublime precepto de la caridad evangélica.

Acostumbrado el *gaucho* desde que nace á estos fuertes é incesantes trabajos corporales, se pone oscuro su cutiz, se engruesa su piel, adquieren sus miembros vigor y desarrollo muscular, dando flexibilidad á su cuerpo y movimientos.

Resiste las inclemencias de la intemperie, duerme á campo raso, soporta los soles, las aguas y los ríos y galopa día y noche fabulosas distancias con su *tropilla* por delante y mudando caballo; ó anda pacientemente sentado, sobre el yugo de las pesadas carretas de bueyes.

Es asombroso su acierto en descubrir á primera vista el animal mas gordo de una hacienda y en ver un bulto á gran distancia para decir qué clase de animal es, qué color tiene y si lo monta ó no algún ginete, que se aleja ó se aproxima; en ver y conocer las marcas de los cuadrúpedos, por borradas que estén, donde otros no verían mas que vestigios de ellas; en saber con exactitud, la hora que es, por el sol y las estrellas; en mirar

un potro decir si es dócil ó de bravia condicion y en distinguir en la mas oscura noche por la condicion del campo y sabor de los pastos el paraje en donde se halla y dirigirse á donde quiere.

El esquila de las majadas, se hace por los peones sus mujeres, y gente que se ocupa de esta faena de una en otra estancia y cuyo trabajo dura uno y dos meses, en donde hay gran número de ovejas.

En otras épocas se ocupan en las estancias de los *apartes*, es decir, en ir á recoger de los establecimientos vecinos, las haciendas que se desparraman en los campos ajenos, por falta de pastos y aguadas en los propios, durante la seca de que suele verse azotada esta provincia, principalmente en los veranos, porque las aguadas son los ríos, arroyos y lagunas naturales, lo mismo que sus pastos que nacen sin riego ni cultivo alguno, tales como la *gramilla*, la *cebadilla*, el *trebol* y la *cola de zorro*, de que se ven cubiertos los incultos campos, cuyas inmensas llanuras, generalmente, en la provincia de Buenos Aires, están privadas de montes y arboleda, lo que hace mas frecuentes las secas que sufre.

Durante todos estos trabajos, reúnen por la noche los peones y mujeres de la estancia, como tambien la de los puestos y con la gente que se toma para ayudarlos, y algunos vecinos y pasajeros improvisan sus inocentes bailes, formando todo su ambigú, algunas botellas de licor, refrescos y otras bebidas, que alternan con el indígeno *mate* que sin cesar corre de mano en mano.

Los bailes son el *ciclito* la *media caña*, el *gato* y otros muy semejantes al fandango, bolero y demas bailes andaluces; la única música es la de una ó dos guitarras, instrumento que sabe tocar todo *gaucho*. Intercálanse á estos bailes los tristes y las décimas que melancólicamente cantan, con doliente y cadenciosa voz, y en cuyos monótonos acentos, como los quejumbrosos écos del desierto en que moran, descubre el hombre observador al sencillo hijo de una naturaleza exhuberante, magestuosa y poética de la que es fiel intérprete sin pretenderlo ni sospecharlo; pero que tiene la indomable independencia del hombre selvático que á sí propio se basta, y el sentimentalismo, perseverancia y arrojo que absorbe, cria y le dan esos llanos al bañarlos con sus rayos un ardiente sol que oscurece su severo rostro, en el que se ve impresa la orgullosa dignidad del que confía en sus propias fuerzas y destreza para vencer todos los obstáculos, cuando oye sobre su caballo rugir al leon, al jaguar ó á los perros cimarrones, al cruzar el desierto, que remeda mas la lisura del oceano en calma que las ondulaciones y sinuosidades de la tierra.

Hay tambien otros *gauchos* que improvisan á quienes llaman *payadores*; y cuando se reúnen en algun baile, se suscita entre ellos un combate poético: toma cada cual una guitarra, y se pone á componer de calamo, versos laudatorios en redondillas octosilabas y decimas, á las mugeres y compañeros de la reunion y tambien á cantar los valientes hechos y hazañas de esos *gauchos* célebres por sus aventuras que conocen por la tradicion oral, ó que habiendo sido sus contemporáneos, presenciaron en su errante vida, y como por su ignorante fé y cándida credulidad: es supersticioso el *gaucho*, reviste

esos sucesos de fantásticos y misteriosos episodios.

Causa admiracion oír á esos hombres oscuros y sin ninguna nocion literaria, (pues los mas no saben leer ni escribir) con la facilidad que improvisan sus cantos y lo perfectamente qua miden el verso, conservando el ritmo y la medida y la acertada eleccion en las adecuadas y orijinales imágenes con que engalanan sus creaciones, ora empleen el dulce estilo de Garcilaso, ora adopten el sentencioso y parabólico de la Biblia, cuyo nombre quiza jamás oyeran pronunciar.

Poco mas ó menos este es el bello tipo del *gaucho* de las estancias, del *gaucho* Sud-Americano, tipo que desgraciadamente va degenerando y desapareciendo, al irse llenando de extranjeros la campaña; al irse poblando cada vez mas los campos, y al ser solo el *gaucho* y jamas el extranjero que goza de todos sus beneficios pero que no tiene ninguna de sus cargas el que tenga que marchar siempre á la frontera á defender la propiedad é intereses de los que allí mira él como intrusos, los que generalmente solicitan y aceptan todos los beneficios y favores de la hospitalidad, sin devolvérselos al *gaucho*, que es siempre, en las guerras civiles, el ciudadano arrancado de sus hogares y que el ambicioso caudillo sacrifica.

No hemos tenido la vana intencion de hacer el retrato del *gaucho*, aun que para nosotros sea un modelo muy simpático y que con placer estudiaríamos, por que carecemos de los conocimientos que para ello se requiere; y por que tambien confiamos poco en nuestras fuerzas artísticas para darle ese brillante y poético colorido, esas pinceladas atrevidas y maestras que lo caracterizarian; y ese mágico claro oscuro y severas líneas que noblemente lo destacan del fondo de otras vetustas y abyectas razas; solo incidentalmente y como parte integrante del asunto que describimos hemos tenido que hacer un ligero simil de quien todavia personifica la grandeza de sus exhuberantes llanuras y conserva aun su gran figura adusta, aislada y estoica sus inolvidables tradiciones y sobrias y primitivas costumbres en medio del torrente de la incansable civilizacion, que le invade y persigue como hijo espurio hasta su tranquilo y pobrísimo hogar, como corren los adiestrados lebreles á la aterrorizada caza hasta su oscuro rincón, que para el *gaucho* es todavia el incomensurable desierto.

BERNABÉ DEMARIA.

Buenos Aires, 1874.

MIS GUSTOS.

Me muero de placer cuando me miras,
Al oírte hablar mi corazón palpita
Y una dulce emocion mi cuerpo agita
Cuando al mirarme lánguida suspiras;
Pero nada al placer que siento ignala
Cuando veo bailar la *Mozza-mala*.

Admiro al sabio cuya inmensa ciencia
Del mundo llega á conocer las leyes,
Y me postro rendido ante los reyes
Que gobiernan sus pueblos con conciencia;
Pero me pasmo, y postro arrodillado
Ante un pavo con trufas bien asado.

Aplaudo el heroísmo del guerrero,
De adusto monje la virtud admiro
Y de pura Vestal que en el retiro
Huye del mundo falso y embustero;
Pero nada ha llegado á embelesarme
Como pillar las pulgas y rascarme.

Yo creo en la amistad y en la constancia;
En el honor y probidad confío,
De incrédulos filósofos me río,
Me río del orgullo y la arrogancia;
Pero, en casos de aprieto ó apurillo,
Confío, mas que en nadie, en mi bolsillo.

Buena es la vida, buena y requebuena;
Y si es carga, no es carga muy pesada
Cuando está la comida asegurada
Y segura también está la cena;
Y si nos ayudó propicia suerte,
A comer, á beber y dormir fuerte.

MANUEL ATANASIO FUENTES.

LA FAMILIA.

LECCIONES DE FILOSOFIA MORAL.

OBRA CORDONADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

Traducida expresamente para LA ALBORADA.

LA VIDA DE FAMILIA.

SUMARIO.—Objeto, motivos y plan de esta obra.—Asunto del primer discurso: de la familia en general.—Sus beneficios: doble necesidad de la naturaleza humana: vivir en otro, amor conyugal, amor paterno.—Sus dificultades: 1. ° servidumbres inseparables de la familia, 2. ° complicaciones accidentales; 3. ° oposicion de los caracteres.—El dolor en la familia. ¿Por qué? El dolor, expiacion y advertencia.—Felicidad doméstica.

EL asunto de que me propongo tratar aquí es uno de aquellos en que el oyente sabe tanto y á veces mas que el que habla. Esto ofrece para el orador un riesgo y una ventaja: un riesgo, porque en tales materias la novedad es imposible y la originalidad peligrosa; una ventaja, porque todos gustamos de oír hablar de aquello que sabemos, y la comparacion de nuestras propias ideas con las que se nos presentan proporciona un placer delicado que no ofrecen ordinariamente las materias científicas, en las que la palabra cae de demasiado alto. Por otra parte yo gusto de las antiguas verdades, sin detestar por eso las nuevas; gusto de esas grandes vulgaridades que son la razon eterna, la razon práctica, la razon viviente del género humano. Dos cosas me han determinado á la eleccion de mi asunto: su interés permanente y universal, y su oportunidad. ¿Existe algun hombre, de cuya vida, presente, pasada ó futura, no forme parte la familia, en quien al pronunciar esta palabra, no haga vibrar alguna cuerda del alma, y de quien no obtenga alguna sonrisa ó alguna lágrima? De otro lado, nadie ignora, aun entre los mismos iniciados en las terribles agitaciones morales de este siglo, que la familia ha tenido en nuestros dias adversarios y detractores, y ha ejercitado el espíritu inventivo de los difamadores. Mas aun sin hablar de esos nuevos sistemas, cuya importancia es preciso no exajerar, algunos espíritus tal vez demasiado melancólicos, tal vez reflexivos y perspicaces, pretenden ver en nuestras costumbres signos

ciertos del debilitamiento del espíritu de familia. Aunque tales síntomas no tuviesen la gravedad que se les supone, basta con que se presente como sociedad para que esta se inquiete y se aperciba contra ellas: oportuno es, pues, hablar de la familia, bien sea para hacerla amar, bien sea para defenderla. He ahí los motivos y el objeto de este curso.

¿Pero qué método emplearemos? Parece que el mas vigoroso y decisivo seria salir resueltamente al encuentro de nuestros adversarios, rechazar sus objeciones, arrollarlos hasta en sus propios atrincheramientos, y, libre ya el campo, exponer la teoria de la familia en sus principios y en todas sus consecuencias morales ó sociales. Creo que ese seria el método científico: no es el que preferiríamos; no por complacer á un auditorio poco preparado para las discusiones filosóficas, sino por razones mas elevadas, que vosotros aprobaréis. La polémica, que es admirable en el orden especulativo y científico, ofrece frecuentemente peligros en el orden moral. Perturba mas que ilustra; y con frecuencia el que esgrime sus armas se hiere con sus propios filos. Hay, sobre todo, materias, por decirlo así, tan susceptibles y tan castas, que casi ofrece inconvenientes el tener sobradas razones acerca de ellas. Olvidaré, pues, al comenzar, que la familia ha tenido sus adversarios; y, considerándola como un hecho no discutido, haré su historia y no su apología: pero de esa historia, si es fiel y verdadera, saldrá la mejor de las apologías, la que resulta del incuestionable asentimiento de un corazón bien formado en presencia de la misma verdad.

En cuanto al plan de estas lecciones, he creído que nunca seria demasiado sencillo. Trataré primero de la familia en general; en seguida de cada una de las personas que la constituyen, y terminaré respondiendo breve y discretamente á algunas objeciones malsanas que circulan y se ciernen en la atmósfera de nuestro tiempo, y á las que hábiles escritores han prestado el apoyo de su embriagadora y cruel elocuencia.

El asunto de este primer discurso será, pues, la vida de familia, su accion moral sobre el hombre, las pruebas que suscita, los esfuerzos que exige de su virtud, las recompensas que promete á su valor, y finalmente la parte que tiene en la felicidad y en la cordura y sensatez de nuestra vida, es decir, en el cumplimiento de nuestro destino terrestre.

Acabo de pronunciar la palabra "felicidad;" ¿y qué cosa es la felicidad? Cuestion agitada por todas las escuelas de filosofía, ¿qué digo? por todos los hombres, y que será eternamente discutida, mientras que haya hombres que padezcan y que piensen, y mientras que no se haya levantado los velos que cubren los últimos misterios del alma y de la vida. Sin penetrar en esas profundidades, y tomando del simple buen sentido algunas ideas que bastan perfectamente para la materia que nos ocupa, creo que puede afirmarse que el carácter mas indisputable de la felicidad, aquel por el que todo el mundo la reconoce, es la paz: pero hay dos especies de paz: la una, inmóvil y oscura, no es mas que la impotencia de vivir y sentir: esa es la paz de la piedra y del cadáver; la otra es un desenvolvimiento armónico de todas las facultades de un ser vivien-

te, sensible y racional. No hablo de ese sacudimiento fugaz y conturbado que se llama el placer y que puede experimentar aun la criatura mas desgraciada, sino de ese júbilo íntimo y profundo que proporciona al alma el ejercicio de una actividad sana y la satisfaccion de una necesidad verdadera.

Una de las fuentes mas vivas y mas puras de la felicidad humana, son los afectos; y entre los afectos, hay dos que parecen los mas adaptados á nuestra naturaleza y capaces de llenar el corazón del hombre: estos son el amor conyugal y el amor paterno ó materno. Estos dos objetos corresponden á dos necesidades inseparables de nuestro ser: la necesidad de vivir en otro, y la necesidad de revivir en otro.

LA CENA DELAS ROSAS.

TOMADA DE A. HOUSSAYE.

En un antiguo palacio
De Venecia, que las ondas
Azuladas de la mar
Bañan siempre cariñosas,

Hay un magnífico cuadro,
Del arte preciada joya,
Que representa á una niña
De las mas perfectas formas,

Sentada junto á una mesa
Llena de pálidas rosas.—
Nunca se habia admirado
Beldad tan arrobadora

En el pais del Giorgione,
Del Tasso y de las Madonas.—
Es la infelice Jacinta,
De Schiavoni feliz obra!

Musa viajera, que vas
De una extremidad á otra
De este mundo recogiendo
Las lágrimas y zozobras

Del hogar, templa la lira
Y refiérenos su historia.
Canta, oh musa peregrina,
Canta la Cena de rosas.

De Schiavoni y de Jacinta
Oíd pues la vida angustiosa:
El fué un insigne pintor,
Ella fué una linda moza.

Desde Dalmacia, su patria,
Fué á Venecia, en edad corta,
Lleno de gratos ensueños
En pos de artística gloria.

La ciudad recorrió entera:
Y ningun pintor de nota
Se prestó á ser su maestro:
Guióle su mente propia.

Mas negarle sus favores
Quizo la fortuna boca,
Y tuvo que pintar muestras
Para tiendas y hacer copias.

Empero el Ticiano un dia
Le encontró al rayar la aurora
Con sus cuadros en la mano
Y en su frente la congoja.

Sorprendióse el gran pintor
Al ver tan correctas obras.
— "Quien te ha enseñado, le dijo,
A dar esas bellas sombras,

Esos tonos transparentes
Y posiciones graciosas?"
—“No lo sé”—le respondió.
—“Y esa palidez mortuoria

Que se observa en tu semblante?"—
—“El hambre me la ocasiona.”—
Ticiano en grave silencio
De la mano al jóven toma;

Le lleva á la biblioteca
De San Márcos: “Aquí ahora,
Dice, ganarás sustento,
Ya que no fama notoria.”—

Schiavoni hizo tres pinturas
Junto á la torre, tres obras
Maestras de sentimiento;
Mas al concluir, qué cosa

Le quedaba sino aun
Su miseria abrumadora?
Con el escaso dinero
Que aquellas le proporcionan,

Apenas pudo cubrir
Sus deudas ya muy premiosas,
Y del Carnaval pasar
Algunas alegres horas.

Después volvió á sus tormentos
Sin hallar quien le socorra.—
Consolábale tan solo
Una jóven, que llorosa

Habia visto en el Rialto.
—“Niña bella, porqué lloras?”—
—“Ay! mi padre se ha embarcado;
Mi madre yace en la fosa.”—

—“Pues ven conmigo. A mis ojos
Tambien el llanto se agolpa
Y vivo, cual tú, gimiendo
En soledad dolorosa.”—

Ella le siguió, le dió
Su hermosura encantadora,
Le dió su alma; pero el cielo
No santificó las bodas.

Con todo vivian llenos
De esperanza halagadora
En una humilde casita,
No lejos de las suntuosas

Moradas de Barbarizo
Y de Foscari. En su alcoba
El nocturno canto oían
Que entonaban en las góndolas.

Y no podían dormir,
Que siempre el hambre lo estorba.
Pero la pobre Jacinta
No lo siente por sí sola

Sino por sus tiernos hijos,
Cuyo martirio la agobia.
Ocho hasta entonces contaba.
Triste Providencia irónica!

Los Padres de Santa Croce
Mandáronle á toda costa
Hacer un cuadro de la
Visita de la Madona.

Regocijado el artista
Apuró su magia toda,
Creyendo que á cesar iban
Las penas para su esposa.

Mas cuándo cesan las penas
Para el que nació en mala hora?
Después de una grande fiesta
Presentó acabada su obra,

Pidiendo luego á los frailes
Suma por cierto bien módica.
—“No poseemos dinero;
Llevad en tributo rosas.”—

Entónces desesperado
Dos ramos de flores toma,
Y huye del templo á su casa,
Cual viento que rauda sopla.

Jacinta salió á la puerta
Con impaciencia no poca
Y le dijo sonriendo:
—“Traes ramilletes de rosas?”—

—“Sí, amiga. Esta es la moneda
En que los frailes me abonan”—
Y enfurecido á sus plantas
Las tristes flores arroja.

Súbite tinte amarillo
Cubrió el rostro de la hermosa,
Y alzó del suelo los ramos
Exclamando con voz sorda:

—“Voy á preparar la cena
Para que mis hijos coman.”—
Llamó Schiavoni al taller
Mientras la cena se apronta

A los niños. Tristes aves
Que con sus lenguas canoras,
Del nido ausente la madre,
Aplacar el hambre imploran!

Cuando se puso la mesa
Sentáronse á la redonda,
Y delante de Schiavoni
Que estaba con faz absorta,

Jacinta puso en dos platos
De estaño las flores todas
Mústias, deshojadas. Tal
Fué la Cena de las rosas!

CONSTANTINO CARRASCO

EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA, POR

LUCIEN BIART.

(Continuacion.)

EL jóven francés lo criticaba todo, lo censuraba, se burlaba y alababa á su patria, sin importársele nada el que sus observaciones pudiesen molestar á sus oyentes, y recorría todos los rincones del salon, acercándose de cuando en cuando á la cantatriz.

—¿Se divierte usted?—le preguntó ésta en voz baja.

—Mucho que sí. Los mejicanos tienen costumbres muy extrañas; acabo de beber en un vaso de champaña que habia sido antes llevado á los labios de una niña, y sin embargo, no he hecho mas que cumplir con un deber de cortesía. Todas las hijas de Eva tienen un aire noble en este singular país, y sus piés, sus manos, sus ojos, su dentadura, sus hombros, sus brazos.

—*Stop*—exclamó riendo la americana.

—Era lo que iba á hacer, señora, después de agregar: son seductores.

—Pero todas tienen el mismo tipo.

—Es cierto: pero es tan perfecto! ¿Y usted? ¿Qué le parecen esos graves hidalgos, cuyas miradas todas convergen hácia usted?

—Me parecen poco mas ó menos lo que á usted las mujeres. ¿Se ha fijado usted en don Luis Cortés? Creo que una armadura sentaria bien á ese gallardo caballero, que en mi concepto debe parecerse á su gran antepasado. Pero ¿qué es esto, como no está por aquí?

La persona de quien se hablaba penetró en ese momento al salon de baile; su mujer, con la cabeza cubierta por una mantilla de encaje blanco, se recostaba en su brazo. Doña Lorenza poseia las alhajas mas ricas de la provincia, y habian confiado en que ella deslumbraria á la extranjera, de modo que al verla aparecer vestida con tanta sencillez se levantó un murmullo de sorpresa. Sus amigas la rodearon luego para interrogarla y sorprenderla.

—Estaba un poco enferma—respondió—y solo á última hora me decidí á venir por dar gusto á don Luis. Déjame pasar, Quirina, murmuró al oído de su amiga, voy á esconderme en ese rincon, porque quiero ver antes de ser vista, á fin de poder estudiar al enemigo.

A despecho de su táctica, doña Lorenza no pudo sustraerse á los saludos de los invitados, quienes se apresuraban á saludarla; sentada en una poltrona, se contentó con entreabrir la mantilla, que se negó á quitarse. La mirada de la jóven, indecisa y velada en apariencia, espiaba cada uno de los pasos de su marido, que, creyéndose confundido entre la multitud, hacia esfuerzos por acercarse á la cantatriz. Esta, con grave infraccion de las reglas de la etiqueta mejicana, se levantó para saludarlo con la mano. Durante media hora, sin dejar de hablar con las señoras que la rodeaban y provocando su charla con el fin de no darse tiempo á hablar, no perdió de vista doña Lorenza á la Wilson, en cuyos menores gestos se fijaba. En un momento dado, la cantatriz, recostada lánguidamente en el brazo de don Luis, y sonriendo á lo que le decia, atravesó el salon con lentitud. Doña Lorenza se irguió, y dirigió á la americana iracundas miradas.

—¿Qué dices ahora?—le preguntó doña Quirina, que habia observado el movimiento rápido de su amiga.

—Es hermosa, respondió Lorenza, y con temible hermosura.

—Quisiera ahogarla—murmuró doña Quirina, que al estirar los brazos rompió su abanico.

—¡Hazlo, pues!—replicó bruscamente doña Lorenza, con tono de desafio.—En seguida, mientras que su amiga la miraba asustada, la indolente criolla se recostaba en el sillón para recobrar la posición que habitualmente tomaba.

Alberto, que habia oído hablar mucho de Lorenza Cortés, para no hacerse presentar á ella, vino á sentarse cerca de la jóven. Esta, que sabia dominarse, mostróse agradable y chistosa, y se rió de las observaciones del jóven francés y de la buena opinion que tenia de sí mismo y de su patria. Alberto no necesitó que lo rogasen, para ponerse á hablar de Paris, de sus amigos, de su familia, de la Wilson, cuyo talento y belleza elogió mucho, no sin dejar de deslizarse cuando

en cuando alguna esquisita galanteria con respecto á su interlocutora.

—¡Qué mujercita tan seductora!—murmuró al oído del oficial á quien parecia haber escogido de confidente—¿tambien esta es una mujer honrada?

—Si fuese de otro modo, no estaria aquí,—replicó el mejicano con altivez; nuestras costumbres, señor francés, no consienten las libertades que las vuestras.

—Esta es una inferioridad, que no me causaré de echarles en cara, respondió Alberto con tono de conviccion. ¿Cómo pueden ustedes saber que la virtud es entre ustedes tan indomable como susceptible, si no la someten á prueba alguna? Entre tanto, don Luis Cortés se acerca tanto á la Wilson que ya es hora de ponerse á consolar á su mujer, y me parece, amigo mio, que en el país de usted se ignora lo que se puede obtener de una mujer á quien se consuela.

Aunque doña Lorenza trató de eclipsarse voluntariamente, ocupaba una posicion muy alta en la sociedad de Córdoba para ser abandonada, de modo que muy pronto se vió rodeada de un círculo tan numeroso, al menos como el de la Wilson. Cuando esta, cediendo á las instancias que le hacian, se levantó para cantar, todos se dispersaron y sentaron, así es que la criolla tuvo tiempo de examinar á su gusto á la cantatriz. Admiró la finura y regularidad de sus facciones, la blancura de su sonrosada tez, la dulzura de su mirada; pero ese rostro delicado le pareció que carecia de expresion y de voluntad, así como su talle de gracia. La Wilson cantó bien, porque su voz era magnífica, y su triunfo hizo afluir la sangre á las pálidas mejillas de doña Lorenza. Despues de ejecutar una segunda pieza de canto, que valió á la artista hasta los aplausos de los aficionados estacionados en la calle, comenzó el baile.

—Tiene unos piés enormes y no sabe manejar el abanico—dijo con desden doña Quirina, al volver á su asiento despues de una contradanza.

—Pues bien, ya estás vengada—le respondió doña Lorenza con tono irónico.—¿Seria usted tan bondadoso, señor—continuó dirigiéndose á Alberto, que acababa de invitarla en vano por tercera vez—seria usted tan bondadoso, que me trajese á mi marido?

—Corro á buscarlo, señora.

—Que sea por este lado entónces—le dijo doña Lorenza, indicando con la punta de su abanico la ventana cerca de la que se encontraba la cantatriz.

La mirada dulce, velada, lánguida de la hermosa patricia se cruzó con la del joven francés, que se estremeció.

—Consuélate—murmuró Lorenza, inclinándose al oído de Quirina, que se habia puesto sombría—don Alberto, querida mia, es amante de la Wilson, y tu marido lo encontrará entre ella y él.

—¿Estás indispueta?—le preguntó don Luis, que corrió al lado de su mujer.

—No, no tengo nada; pero á causa de no haberte obedecido vistiéndome mejor, estoy obligada, por coqueteria, á mantenerme oculta en este rincon. ¡Ah! veo que todos ofrecen alguna diversion á esta señora; ¿no haríamos bien nosotros en invitarla á la hacienda? ¿Sabe montar á caballo? Es de su-

ponerse. En todo caso le enviaré mi litera.

—La invitaré, si tú lo quieres—respondió don Luis con tono indiferente en apariencia; pero un estremecimiento de placer, que no pasó desapercibido para su mujer, lo conmovió.

—Llévame á su lado, me parece conveniente invitarla yo misma.

Apoiada en en el brazo de su marido y envuelta en su mantilla que le sentaba á las mil maravillas, atravesó doña Lorenza lánguidamente el inmenso salon. Despues de haber felicitado á la cantatriz, le rogó con la gracia y la amabilidad de su país que aceptase su hospitalidad. Se convino en que el paseo se verificaria á los dos dias.

—Contamos naturalmente con usted—le dijo la criolla á Alberto, quien le hizo una reverencia.

Continuará.



Los dias de la semana han trascurrido tumultuosos, al son de marchas bélicas; fúnebres marchas, que alejan, camino de la guerra á tantos hombres, ornato de la sociedad; padres, esposos, hijos, novios, hermanos. ¡Cuántos hogares vacíos de alegría y de felicidad! ¿Cuándo volverán esos queridos ausentes? ¡Quién sabe! ¡Son tan impenetrables las nieblas del porvenir, por mas que la esperanza se empeñe en transparentarlas con rosados colores!

De todos esos corazones divididos ¿cuál es el que no tiene ni quiere consuelo? Díganlo estas frases recogidas aquí y allá de labios que poco antes habian dado dolorosos adioses.

—Esta noche tenemos un palco de segunda, muy bien situado. ¿Vendrá usted con nosotros á admirar á la Repetto?

—Con gusto; pero usted está triste. ¿No hará en ello un sacrificio?

—¡Oh! no! Papá al despedirse me recomendó distraer mi pena. ¿Y, en efecto que ganaria pensando en los peligros de la guerra?

—¡Cuánto nos ha enternecido la tristeza que Carlos se esforzaba en ocultar! Sus ojos se llenaron de lágrimas, cuando te reunió en un abrazo con los niños.

—Apenábalo, sobre todo, el alejarse de ellos en el mes de los regocijos infantiles. Pero yo lo reemplazaré. He de hacerles una fiesta de noche buena con árbol, baile y cena, que no hayan visto semejante los queridos angelitos.

—Vengo del Callao. ¡Partieron! ¡Qué contento va mi hermano! Lleva en perspectiva Arequipa: la vision de sus ensueños. . . . Adios! que se hace tarde, y voy corriendo á vestirme y renovar mi peinado para ir á la *soirée* de Florita. Tú estás igualmente invitada. ¿Vas?

—Eso depende. . . . ¿Qué semblante mostraba Luis al embarcarse?

—El que debia llevar en tal ocasion; sereno.

—¡El que debia llevar! ¿Porque no es todavía mi esposo? ¡Bueno! yo tambien serenaré mi rostro; alegraré mi alma, y no me daré al dolor. Voy contigo á la *soirée* de Florita.

En la casa.—Mamá, la sopa está en la mesa; ven á tomar algo; que hace dos dias te obstinas en no comer.

—No tengo ánimo para ello.

—¡Vas á dejarte morir!

—¡No! que el dolor es la vida de las madres.

Una ovacion.—Al caer el telon, despues de una de las escenas mas patéticas de "La Pia de Tolomeo," y cuando la sublime Ristori guardaba todavía su trágica actitud, una artista que sabia comprenderla, dejando su palco, electrizada por el ascendiente de aquella mujer extraordinaria, corrió al procenio, y arrojándose á sus piés, abrazó sus rodillas llorando lágrimas de fervoroso entusiasmo. Un momento menos, y el público habria sido testigo de un homenaje digno de la incomparable actriz y de su bella admiradora.

¡Los dioses se van!—Todavía es preciso repetir esta melancólica frase. El Perú ha perdido una de sus mas ilustres heroínas; nuestra sociedad, una de sus mas santas matronas! La señora doña Cipriana Latorre de Vivanco ha dejado una vida de zozobras, vicisitudes y pesares, por la mansion de gloria inmortal que Dios reserva á sus escogidos. Era para sus amigos un corazón indulgente, lleno de bondad y de cariñoso afecto: para los desgraciados una verdadera providencia.

Club literario.—Nuestros distinguidos colaboradores los señores Rossel y Holguin han sido elegidos: el primero presidente y el segundo secretario de la Sección de Literatura.

Actos de piedad.—Cuán dulce es, en medio á las agitaciones de la vida mundana, poder sustraerse diariamente, durante algunas horas, á sus tumultuosos vaivenes, y buscar un refugio para el alma dolorida en el fondo del templo, al arrullo de la palabra divina!

Ayer comenzaron en Santa Teresa los preparativos para esos ejercicios piadosos, presididos por el ilustrísimo Obispo Huerta, ese valeroso campeón de la fé, y dedicados á las señoras de la congregacion de San Vicente de Paul. Nada hay comparable á las bellas festividades de este primoroso templo que tiene coros de ángeles, cuyas melodías hacen soñar con el cielo.

JUANA MANUELA GORRITI

Siendo reducidas las dimensiones de "La Alborada" para contener las innumerables soluciones á la charada del N.º 6, nos vemos, á pesar nuestro, en el caso de reservar su continuación hasta el próximo número.

PERMANENTE.

El buzon para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.ºs 128y 130.